

# Entre el pasado y el futuro

IOAQUIN JIMENEZ

Luis Ferrero Acosta nos sorprendió con su monumental obra **Costa Rica Precolombina** que en 1975 obtuvo el premio nacional Aquileo J. Echeverría y el premio Ancora al mejor libro del año. Con este asombroso texto también él renueva conceptos del conocimiento de las culturas aborígenes de Costa Rica.

En los últimos meses, el infatigable investigador nos ha sorprendido con varias obras inéditas. A saber: **Perfiles al Aire** (museo histórico cultural Juan Santamaría); **¿Por qué prehistoria si hay historia precolombina?** y **Sociedad y arte en la Costa Rica del siglo XIX** (Editorial Universidad Estatal a Distancia) que también son libros que dejarán profunda huella. Por último, **Entre el pasado y el futuro** (Editorial Costa Rica) que es el texto gemelo de **Costa Rica precolombina**, lo complementa, lo enriquece, y fija nuevos rumbos. Estos nuevos títulos son más pruebas de la capacidad que él tiene para investigar la historia cultural costarricense.

**Entre el pasado y el futuro** es también renovador de conceptos. Anotemos algunos ejemplos: en todas las obras relativas a la historia de Costa Rica se dice que nuestro país estaba poblado por 27 mil indios cuando llegaron los españoles. Ferrero discrepa de este número y aplicó metodologías muy recientes de demografía histórica. Llegó a la conclusión de que en Costa Rica había alrededor de 400 mil aborígenes. La cifra que él establece sí es muy convincente. Está más de acuerdo con la enorme cantidad de objetos arqueológicos que se conocen y que pertenecen al período policromo tardío (es decir, de 1200 a 1550 d.C.).

Como él comenta en la presentación, interpreta los datos etnográficos de los informes coloniales, "incompletos e insuficientes para mostrar la naturaleza de una realidad antropológica" (p.11). Su metodología es convincente y tiene claridad de conceptos.

Ferrero va incursionando fundamentalmente en los grupos tribales y en los cacicazgos. Nos habla de los tariaacas, viceitas, pococies, auyacques, unnamas, huetares, corobicies, chomes, tices, catapas, votos, suerres, coctus, doraces, guaymies, turucaacs, cuchuras, etcétera. Llegó a la conclusión de que "aunque muestran bastante homogeneidad tecnológica, hay también rasgos locales bien definidos que permiten dividir el territorio en varios subsectores, de acuerdo con los niveles, variedades y adaptaciones culturales según los diferentes microambientes. Todo ello fue el producto de siglos en que estos aborígenes fueron creando finas adaptaciones culturales, intercambiando materia, energía e información con su medio. Por eso lograron crear un arte, una religión, un ritual, etcétera. Se crearon instituciones que varían enormemente de forma y función, pues los medios de subsistencia, por lo general, eran complejos, los oficios artesanales muy desarrollados y sofisticados.

Incluso, los rituales estaban regulados a pesar de los mecanismos niveladores" (p.41).

Por cuanto el vínculo lingüístico es fundamental, explica que "existía una macrolengua o sea diferentes grupos de lenguas unidas por una cadena de legibilidad y de microlenguajes que son el conjunto de lenguas mutuamente inteligibles entre sí. Ello debió mantener latente la identidad entrelazadora de diferentes etnias para conservar, durante la etapa colonial, una gran cantidad de rasgos culturales sin muchos cambios" (p.49).

Respecto a la alimentación, concluye que: "La utilización concentrada de proteínas fluviales o de cacería, los tubérculos y el peñibayre son rasgos de diagnóstico de culturas tropicales amazónicas caracterizadas por la vegetultura. En Costa Rica también predominaba un sistema de cosechas múltiples que permitía la existencia de aldeas con varios centenares de habitantes. La combinación de raíces, cosechas de árboles y granos, con énfasis en los primeros, daña poco el bosque tropical que si se sigue el sistema de agricultura intensiva basada solamente en granos" (p.56).

Así, cabe destacar que también son significativas las explicaciones y conclusiones relativas a la arquitectura.

La organización familiar basada en parcialidades matrilineales exogámicas constituye uno de los mejores capítulos. Lo mismo el sistema político caracterizado por el cacicazgo, basado en el linaje o clan. Al respecto, fija nuevos rumbos en el estudio de nuestras comunidades precolombinas.

Importantísimo es también el capítulo "Chamones y creencias", el cual establece pautas para nuevas interpretaciones del arte de aquellos pueblos. Y sorprendentes son los hallazgos estéticos iconográficos que se consignan en el capítulo "Manufacturas y comercio". El epílogo "¿Y qué fue de los indios?" es una de las mejores síntesis de lo que significó la conquista española. Ferrero analiza la forma en que el español desintegró los pueblos aborígenes y creó un sistema estricto de **apartheid** que pudo evitar el mestizaje a pesar del severo sistema de castas.

De extraordinaria importancia son las anotaciones que él hace a los cuatro anexos, sobre todo los de Fernando Colón, Juan Vázquez de Coronado, Agustín de Caballos y Manuel de Urcullu. Las notas aclaratorias que pone al pie de página son un dechado de erudición que aclara tales documentos.

En síntesis, **Entre el pasado y el futuro**, cumple con sobradas razones el propósito del autor de "suscitar interrogantes, o sea el arte de dudar, descubrir, demostrar y dudar nuevamente" (p.12). Otro es el concepto que el costarricense tendrá de los pueblos aborígenes a partir de esta obra. De ahí que no cabe la menor duda que a este texto se le podría otorgar el premio nacional de Historia Cleto González Víquez, que confiere la Academia Costarricense de Geografía e Historia; el Aquileo J. Echeverría en Historia, o el premio Ancora al mejor libro.